

Guadalajara

Historia breve

Angélica Peregrina



COLECCIÓN MUNICIPIOS METROPOLITANOS



Asociados Numerarios de El Colegio de Jalisco

Ayuntamiento de Guadalajara

Ayuntamiento de Zapopan

El Colegio de México, A.C.

El Colegio Mexiquense, A.C.

El Colegio de Michoacán, A.C.

Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías

Gobierno del Estado de Jalisco

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Subsecretaría de Educación Superior-SEP

Universidad de Guadalajara

Roberto Arias de la Mora

Presidente

Ixchel Nacdul Ruiz Anguiano

Secretario General

Guadalajara

Historia breve

Angélica Peregrina

COLECCIÓN MUNICIPIOS METROPOLITANOS



Esta publicación cuenta con una lectura aprobatoria avalada por el Consejo Editorial de El Colegio de Jalisco, que garantiza su calidad y pertinencia académica. La colección fue coordinada por la Dra. Angélica Peregrina.

972.35 M966 v. 1

Peregrina, Angélica

Guadalajara : historia breve / autora Angélica Peregrina ; coordinadora de la colección Angélica Peregrina ; presentación Pablo Lemus Navarro ; preámbulo Roberto Arias de la Mora -- 1ª ed. -- Zapopan, Jalisco : El Colegio de Jalisco : Red de Investigadores en Gobiernos Locales Mexicanos, 2023.

[79] páginas, 8 páginas en encarte : fotografías (color) ; formato PDF -- (Colección Municipios Metropolitanos ; 1)

ISBN (colección): 978-607-8831-54-8

ISBN (volumen): 978-607-8831-63-0

1. Ciudades y pueblos - Jalisco (México) - Historia - Siglos XVI-XXI. 2. Urbanismo - Guadalajara, Jalisco (México) - Siglos XVI-XXI. 3. Guadalajara, Jalisco (México) - Historia - Siglos XVI-XXI. 4. Área Metropolitana de Guadalajara - Población - Estadística - Siglos XVI-XXI.

I. Peregrina, Angélica, autora, coordinadora de la colección. II. Lemus Navarro, Pablo, presentación. III. Arias de la Mora, Roberto, preámbulo.

Clasificación THEMA: NHK

© D.R. 2023, El Colegio de Jalisco, A.C.

5 de Mayo 321

45100, Zapopan, Jalisco

© D.R. 2023, Red de Investigadores en Gobiernos Locales Mexicanos, A.C.

Prolongación Ángel Leño 1554

45203, Zapopan, Jalisco

Primera edición, 2023

ISBN colección: 978-607-8831-54-8

ISBN volumen: 978-607-8831-63-0

Impreso y hecho en México/*Printed and made in Mexico*

Índice

Presentación.....	7
Preámbulo	9
Introducción.....	14
Los intentos fallidos.....	16
Guadalajara y Nueva Galicia.....	24
Las primeras edificaciones.....	27
El crecimiento durante el siglo XVIII	31
La arquitectura de la pobreza	33
Edificaciones para ricos	36
Construcciones religiosas.....	37
Otras construcciones.....	39
La insurgencia	42
Imperio y federación.....	45
Contrarrevolución.....	47

La guerra civil.....	50
República restaurada y porfiriato.....	54
La revolución y su secuela	57
Hacia la metrópoli.....	61
Incremento demográfico	62
Actividades económicas	69
Credos	71
El 22 de abril de 1992	73
La transición política.....	74

Presentación

Desde que se fundó por cuarta y definitiva ocasión, un 14 de febrero de 1542, Guadalajara fue convirtiéndose poco a poco en emblema de la mexicanidad y en un lugar que guarda una vasta riqueza cultural y de tradiciones, pero que al mismo tiempo se entiende de manera natural con el futuro y la innovación.

Los orígenes de nuestra ciudad se remontan a una época turbulenta y llena de complejidades, algo que sin duda forjó el carácter que nos distingue como tapatías y tapatíos. Basta recordar la odisea que vivieron los primeros habitantes de nuestra ciudad, quienes durante años buscaron infructuosamente un lugar donde asentarse en el occidente de la Nueva España.

Guadalajara, diversa como siempre ha sido, forjó también su destino a través de un amplio proceso de mestizaje en el que los pueblos indígenas del valle de Atemajac jugaron un papel fundamental.

Nuestra historia es sin duda fascinante. No solo conocerla, sino también estudiarla debería ser una de nuestras principales

motivaciones para aprender de nuestro pasado y hacernos de herramientas con el fin de construir un mejor futuro.

Esfuerzos editoriales como este son un aliciente para despertar la curiosidad de las y los lectores de todas las edades.

Enhorabuena por esta iniciativa.

PABLO LEMUS NAVARRO

Presidente Municipal de Guadalajara

Preámbulo

El Área Metropolitana de Guadalajara (AMG) se ha consolidado, al día de hoy, no solamente como la segunda metrópolis más grande de México y una de las más influyentes en materia de desarrollo económico, influencia cultural e innovación tecnológica, sino también como pionera en materia de planeación, gestión y desarrollo metropolitano. A la fecha, seguimos siendo la única área metropolitana en México que cuenta con el Sistema Integral de Desarrollo Metropolitano, que a través de distintas instancias, coordina los esfuerzos intermunicipales para asegurar que las ciudades que la conforman se gestionen desde un solo enfoque, para beneficio de sus ciudadanos.

Este esquema es un reflejo de siglos de integración entre nuestras poblaciones y territorios, décadas de empuje y presión social para reflejar en lo administrativo-gubernamental las realidades físicas del AMG, y años de desarrollo y diseño institucional por parte de actores políticos y sociales clave en la construcción de esta historia. La ciudadanía del AMG ha presionado constantemente para que las decisiones político-administrativas reflejen la realidad vivida por sus

habitantes diariamente: límites territoriales prácticamente imperceptibles, una sola ciudad unificada y cada vez más conectada, por la cual sus ciudadanos transiten cruzando varios municipios en el transcurso de un día normal.

Más allá de esto, también es el efecto natural de la historia que indefectiblemente nos une como pobladores de los nueve municipios metropolitanos y, consecuentemente, abona a generar lo que hasta el día de hoy hemos construido. La historia de nuestros territorios y ciudades, al estudiarla, nos demuestra que siempre ha existido una dinámica interterritorial e intermunicipal, a partir de la creación de los esquemas locales de gobierno. Podemos analizar en nuestros documentos históricos e incluso ver en nuestro patrimonio edificado los antecedentes valiosos de poblaciones que, desde la época prehispánica, se asentaron en esta tierra y sin los cuales no podríamos haber llegado hasta lo que hoy somos. Hay una línea directa que conecta las experiencias de aquellos que antaño empezaron, fueron y formaron Guadalajara, Zapopan, San Pedro Tlaquepaque, Tonalá, Tlajomulco de Zúñiga, El Salto, Juanacatlán, Ixtlahuacán de los Membrillos y Zapotlanejo, con los que llegaron e impactaron en el desarrollo de los mismos, y

los que hoy en día seguimos sumando para la construcción de mejores lugares.

Conocer entonces la historia de estos sitios y territorios se vuelve fundamental para identificar las dinámicas y antecedentes de los mismos y, por ende, entender cómo, de qué manera, con qué ganadores y perdedores y bajo qué esquema se generó y consolidó el desarrollo de nuestra metrópolis. revertir dinámicas que afectan a nuestra población, como la contaminación, la dispersión, la desigualdad, entre otras, requiere de un entendimiento profundo de dónde vienen dichas dinámicas, por qué se generaron y qué factores abonaron a su consolidación. El mantenimiento y desarrollo de aquellas que impactan de manera positiva requiere de un esfuerzo similar. Como lo menciona el abogado, diplomático, escritor e historiador mexicano de finales del siglo XIX y principios del XX, Carlos Pereyra, en su ensayo *Historia ¿Para qué?:* “Quienes participan en la historia que hoy se hace, están colocados en mejor perspectiva para intervenir en su época cuanto mayor es la comprensión de su origen”.

La breve historia reflejada en estos textos que narran lo ocurrido en cada uno de los nueve municipios del AMG, nos

muestra precisamente los vínculos, conexiones y lazos entre los distintos territorios que conforman nuestra metrópoli, que llevan muchísimos años en proceso de gestación, evolución, desarrollo y conformación. Nos enseñan lo que nos ha unido a través de los años, cómo la fundación de la Guadalajara actual hubiera sido imposible sin la existencia de un Tonalá prehispánico, cómo ese mismo Tonalá tiene una histórica relación con Zapotlanejo y la puerta que ha sido esta población a los Altos de Jalisco, cómo nos unen las tradiciones y costumbres que hicieron a estos territorios factores importantes en la generación del México moderno y posrevolucionario, entre muchos otros nexos. La identidad de nuestros pueblos está conectada, por lo que, queramos o no, nuestros municipios están ligados entre sí y hay vínculos intrínsecos entre todos ellos que se han ido consolidando, como lo podrán comprobar los lectores a lo largo de las siguientes páginas.

El esfuerzo metropolitano que se llevó a cabo en las últimas décadas busca precisamente que la gestión pública y toma de decisiones respecto a nuestra AMG y su territorio exprese estas interconexiones que históricamente tienen nuestros municipios y sus identidades. Es, al final de cuentas, la

voluntad de mantener y fortalecer estos lazos en un contexto de desarrollo y urbanización acelerada que empuja aún más las relaciones entre nuestros pueblos y territorios. Estamos, en dicho proceso, construyendo una historia adicional, que respeta y reconoce los antecedentes que nos han llevado a desarrollarnos de manera conjunta y, al mismo tiempo, que busca construir una nueva realidad, en la cual lo que nos une sea referente para la planeación y gestión de una sola área metropolitana, con una identidad común.

ROBERTO ARIAS DE LA MORA
Presidente de El Colegio de Jalisco

Introducción

En el valle de Atemajac –voz náhuatl que significa “donde el agua se divide entre las piedras”– se han acercado alrededor de cuatro millones de habitantes que constituyen la savia de la ciudad de Guadalajara, la cual por su población, producción y comercio, según cifras de 2020, es la tercera área metropolitana de México.

En el referido valle,¹ además de Zapopan y Tlaquepaque, los que le siguen en cuanto a número de pobladores, otros núcleos humanos mucho más pequeños mantienen su personalidad, aunque ya en espera de ser pronto alcanzados por la gran mancha urbana, como lo fueron en el pasado siglo San Andrés, Las Juntas, Zoquipan, El Batán, etc., o en tiempos más remotos Analco, Mexicaltzingo y Mezquitán.

De la misma manera, los arroyos que antaño serpenteaban al aire libre por el valle –Atemajac, Caballito, Chicalote, Hondo, Osorio, San Andrés, San Gaspar y, el más caudaloso de todos,

¹ Este valle se encuentra hacia los 20° 41' 35" Lat. norte y 103° 22' 38" Long. oeste. A 1,560 msnm; tiene una superficie aproximada de 310 km².

San Juan de Dios–, ahora forman parte de los subterráneos de la urbe y constituyen el vertedero de sus desperdicios.

Aun los cerros circundantes están amenazados de ser cubiertos por un tapiz de viviendas, como ya está sucediendo con los de El Cuatro, Santa María y El Gachupín, que se encuentran al sur. Para su fortuna, la sierra de La Venta, al poniente, y el cerro de la Reina, por el lado contrario, se hallan más lejos, pero no está remoto el día en que empiecen a ser escalados también por los hogares tapatíos.²

Más difícil ha sido el crecimiento urbano hacia el norte, donde las tierras llanas terminan en forma por demás tajante a causa de la profunda barranca que formó en remotísima época el río Santiago, llamado antiguamente “El Grande” solo por ser el de mayor caudal en estas tierras, ya que sus dimensiones no son cosa extraordinaria. Comoquiera, hacia el noroeste, las casas se detienen ya en la ceja de la barranca –llamada de Oblatos–, aunque ya empiezan a verse viviendas en una especie de terrazas, una vez librados los

2 Tapatío proviene del náhuatl y se dice que era una moneda utilizada en tiempos prehispánicos. Hoy día se usa para designar a los habitantes de Guadalajara.

casi verticales y altísimos paredones, como las de la colonia Nueva Bethel.

El incremento constante, tan solo con excepcionales tropiezos, ha sido una de las características de Guadalajara desde que fue establecida en forma definitiva por 64 vecinos –menos de doscientos habitantes–, el 14 de febrero de 1542, en la orilla izquierda del río bautizado después con el nombre de San Juan de Dios.

Entre las principales poblaciones fundadas por los españoles al mando de Nuño de Guzmán, Guadalajara fue la más inestable durante la primera década de su existencia; los tres intentos anteriores en otros tantos lugares habían redundado en el más completo fracaso ■

Los intentos fallidos

Fue al finalizar el año de 1531, cuando Nuño de Guzmán –quien capitaneó la empresa conquistadora en el occidente de México– encomendó a Juan de Oñate que cruzara con unos cuantos hombres la referida barranca del río Santiago y, lo más lejos que le permitiera la prudencia, se estableciese

en un lugar donde hallara las condiciones necesarias para la supervivencia de españoles.

Guzmán había regresado ya de tierras sinaloenses donde fundó San Miguel,³ ya había recibido órdenes reales de que el territorio conquistado se llamase Nueva Galicia, así como de que la población de Villa del Espíritu Santo –acabada de erigir donde hoy es Tepic– recibiese en adelante el nombre de Compostela.⁴ Asimismo, otro de sus lugartenientes había marchado hacia el sur para fundar Villa de Purificación,⁵ pero también le interesaba sobremanera asegurar su dominación en las ariscas tierras de nómadas o seminómadas denominadas cazcanas –al otro lado de la barranca– que constituían tránsito obligatorio para alcanzar la provincia del Pánuco, de la que aún era gobernador y con la cual ansiaba conectar las tierras que había conseguido a fin, entre otras razones, de disponer de costas tanto en el Pacífico como en el Golfo de México.

3 Desde 1540 en un paraje más al sur de donde ahora está Culiacán, el cual se llamó también San Miguel de Culiacán.

4 Compostela cambiaría de sitio antes de 1542.

5 Purificación también mudó de lugar antes de 1543.

Así pues, en las inmediaciones de Nochistlán, en el actual estado de Zacatecas, el 5 de enero de 1532 Guadalajara se establecía por vez primera; precisamente así bautizada para halagar a Nuño de Guzmán, quien había nacido en la castellana ciudad de ese nombre.

Aunque las había, no hallaron minas en aquellos parajes los pobladores y sí, en cambio, indios muy hostiles que más bien acosaban a los españoles antes de prestarse a efectuar las tareas manuales soslayadas por los de ultramar a causa de su hidalguía.

Recuérdese que los conquistadores vinieron dispuestos a cualquier sacrificio, menos al del trabajo. En consecuencia, animados por el valor y fuerza que da la unanimidad, un buen día del año de 1533 aquellos escasos habitantes decidieron liar sus aún más escasos bártulos y cruzar con ellos la barranca en dirección al sur, a fin de interponer la protección de este accidente geográfico entre ellos y los peligrosos cazcanes, así como ganar las tierras fértiles de Tonalá,⁶ y disponer de la mano de obra más pacífica y útil de los indios que las habitaban.

⁶ Tonalá se encuentra a espaldas del cerro de la Reina.

Pero esta Guadalajara de Tonalá fue tan efímera como la de Nochistlán. Precisamente la bondad de su ubicación, misma que había permitido en tiempos anteriores a la conquista una de las mayores concentraciones humanas de toda la comarca, había hecho que Nuño de Guzmán tuviese por este valle de Tonalá, un interés muy especial que no se avenía al hecho de que se erigiese allí una población de españoles.

Entre otras cosas, Guzmán pretendía organizar en Tonalá una explotación para su personal beneficio y, se dice que, incluso, aspiraba a ser titulado marqués del valle de Tonalá, tal y como Hernán Cortés lo era del valle de Oaxaca.

Sea como fuere, el caso es que el propio Nuño se encargó de frustrar las aspiraciones de una vida más cómoda y económicamente más fructífera de aquellos errantes: con cajas destempladas los despachó de nuevo hacia el lado norte de la barranca para que cumplieran el cometido que a él convenía y para el que habían sido desde un principio destinados.

Dado que el arrojado de aquellos españoles ya no era tan grande después de su primera experiencia con los cazcanes, el nuevo sitio escogido no podía ser muy lejano ni poco adecuado para su

defensa. De tal manera, se instalaron cerca de la población de Tlacotán, en un punto al que la misma barranca le daba acceso por un solo lado. Era un poco más tranquilo y menos áspero que Nochistlán, por lo que la permanencia en esta Guadalajara fue mayor. Sin embargo, resultaba imposible para una larga estancia y, sobre todo, para mantener un crecido número de habitantes. De hecho se supone que, en 1541, apenas sobrepasaba el centenar de pobladores entre hombres, mujeres y algunos niños.

Nuño de Guzmán cayó en desgracia y en 1538 se encontraba ya detenido en la corte de Carlos V, después de haber permanecido preso en la ciudad de México poco más de un año; con todo, la Corona no perdió el interés por la ubicación de Guadalajara y, en su afán por fortalecerla, el 8 de noviembre de 1539 le concedió, junto con el rango de ciudad, el escudo de armas que aún hoy se conserva y que se ha hecho extensivo a todo el estado libre y soberano de Jalisco, del que es la capital.

Pero la noticia llegó demasiado tarde para que pudiera ser celebrada con entusiasmo. En 1540 la gran rebelión de los cazcanes era ya un hecho. Se trataba de las crisis más graves que hubo de afrontar la dominación española en América, incluso puede decirse que, de no haber intervenido el virrey

Antonio de Mendoza en la contundente forma en que lo hizo, por lo menos a los neogallegos hubiera arrasado.

Si aún hoy se antoja a mucha gente exagerado hablar de la revuelta en tales términos, por tratarse de indígenas sin el prestigio de civilización que tenían los del valle de México, lo mismo sucedió entonces a Pedro de Alvarado cuando recibió la orden del Virrey –en 1541– de que se apersonase en Guadalajara a fin de controlar la situación. Sin mayores preparativos emprendió el ataque al “Peñol” de Nochistlán a fines de junio de 1541, donde se encontraba el cuartel general de los rebeldes al mando de Tenamaxtli. Alvarado salió de aquí derrotado por completo y la muerte le sobrevino a consecuencia de un accidente motivado por la precipitación de la huida.

Envalentonados por la victoria, los insurrectos dieron sobre Guadalajara el 28 de septiembre y, no obstante el triunfo de los sitiados, la ciudad quedó en la más absoluta ruina. Entre otras cosas, la victoria hispana se atribuyó a la intervención del apóstol Santiago y, sobre todo, a la del arcángel San Miguel; este, encabezando un nutrido grupo de belicosos ángeles que repelieron a los sitiadores. De ahí que este mítico personaje se convirtiera en el patrono de la ciudad y su día –el 29 de

septiembre—sería motivo de fiesta muy especial en Guadalajara, hasta que sobrevino la independencia en 1821.⁷

Comoquiera, el 30 de septiembre de ese 1541, en medio del desastre dejado por los cazcanes, Cristóbal de Oñate —hermano de Juan—, a la sazón gobernador de Nueva Galicia, convocó a una sesión de cabildo abierto donde se acordó emigrar al sur de la barranca.

Cuenta la leyenda que los vecinos no se decidían a contravenir las órdenes de Guzmán —aun cuando éste se encontraba ya en España—, hasta que una aguerrida mujer llamada Beatriz Hernández intervino con decisión exclamando “El rey es mi gallo”, para recordar que la autoridad suprema no era Guzmán, sino Carlos V.

Sin duda que pronto se hubiera hecho el traslado, de no ser por la noticia de que el virrey Antonio de Mendoza se acercaba al frente de un poderoso ejército y reclamaba que se incorporasen a sus huestes todos y cada uno de los guadalajarenses aptos para combatir.

En efecto, Mendoza no dudó del peligro que representaba la feroz revuelta y para sofocarla movilizó a uno de los

⁷ Dicha festividad culminaba siempre con una parada militar encabezada por el pendón de Castilla, conocida por el pueblo como el “Paseo del Pendón”.

contingentes más numerosos de que se tiene noticia en México, pues, además de un nutrido grupo de españoles, varios testimonios confirman un número de 50 mil indios incorporados a la expedición punitiva.

Como era de preverse, la revuelta fue aplastada en poco tiempo “a fuego é sangre”, resultando también una de las mayores matanzas habidas en México y que dejó al territorio en paz, pero también mucho menos poblado; el indio que no se había remontado a la sierra, había caído muerto o se había suicidado para no someterse a manos enemigas. De tal manera, ahora existía seguridad en la zona, aunque la mano de obra escaseaba en demasía. La vida de españoles en la cazcana era pues, por el momento, inasequible.

El día 5 de febrero de 1542 se encontró el lugar adecuado para la nueva fundación de Guadalajara en el valle de Atemajac. Con la venia de Oñate, el día 14 se procedió al establecimiento formal de los primeros vecinos,⁸ después de que el propio gobernador designara a las autoridades correspondientes, recayendo en Miguel de Ibarra, distinguido en la guerra contra los indios, el

8 En el siglo XVI, un vecino apenas equivalía a tres habitantes, más o menos.

primer nombramiento de alcalde mayor. Posteriormente, el 10 de agosto se confirmó la noticia de que, casi tres años antes, el rey le había concedido el rango de ciudad con todas las prerrogativas que ello implicaba.

Guadalajara nació, en consecuencia, como una población de españoles donde los indios no tenían lugar. Por ende, la mano de obra requerida provendría de los cercanos y antiguos pueblos de Atemajac, Zoquipan y Mezquitán, así como de Mexicaltzingo, formado con indios venidos en la comitiva del virrey de Mendoza ■

Guadalajara y Nueva Galicia

La pretensión de Nuño de Guzmán y demás pobladores de Nueva Galicia en el sentido de que su territorio fuese independiente de México, había fracasado casi por completo. De ahora en adelante, por lo menos la autoridad militar quedaría depositada en manos del virrey de la Nueva España, de manera incuestionable, además de que, no teniendo puerto propio en el oriente, el abastecimiento de los muchos productos europeos que se requerían para vivir a la española en las tierras conquistadas,

se haría desde Veracruz y a través de la ciudad de México. De ahí que la población neogallega más cercana a la capital del virreinato tuviese marcada ventaja sobre las demás; este era el caso de Guadalajara, misma que ofrecía también menos humedad, menos calor y más salubridad que Purificación, San Miguel de Culiacán y Compostela, no obstante haberse corregido asimismo la ubicación de estos tres asentamientos humanos. Por lo tanto, aun cuando el lugar que Guadalajara ocupaba ahora no atraería al principio a muchos pobladores, sí se hizo patente que, a poco, se convertiría en la localidad más importante en todo el occidente de México.

De ello da una clara muestra la actitud de la Iglesia. En 1546, atendiendo a la solicitud de Carlos V, el pontífice Paulo III autorizó la creación del obispado de Nueva Galicia, cuya catedral debería erigirse en Compostela. Pero esto nunca llegó a suceder debido a su pequeñez y a las penurias que pasaban quienes vivían allí.

De los dos primeros obispos, el franciscano Antonio de Ciudad Rodrigo declinó y Juan de Barrios, de la orden de Santiago, murió en México antes de consagrarse; pero el tercero, Pedro Gómez de Maraver, que sí llegó a su sede, la abandonó poco

después y regresó a México en 1552, habiendo permanecido una corta temporada en Guadalajara.

De hecho, la mitra no se consolidaría sino hasta 1560, cuando el cuarto obispo, el franciscano Pedro de Ayala –natural de la Guadalajara castellana– logró que se autorizara el cambio de sede a la “Guadalajara de Indias”. Lo mismo que su antecesor, Ayala había acudido primeramente a Compostela, a la que encontró tan poco poblada –solo por seis vecinos– y con “tal malestar que se volvió al día siguiente” para establecerse en el convento que sus compañeros de hábito habían erigido ya en el valle de Atemajac.

Lo mismo sucedió con la Audiencia de Nueva Galicia –creada en 1548– cuyo presidente, Pedro Morones, en 1560 recibió la orden de mudarse de Compostela a Guadalajara, donde se estableció a partir del 10 de diciembre de ese año, convirtiéndose así en la cabecera judicial de un vastísimo territorio –llamada ahora Audiencia de Guadalajara– y en orgullosa capital del reino de la Nueva Galicia, ciudad que contaría entonces con unos 50 vecinos, en su gran mayoría ocupados en la burocracia civil o eclesiástica.

Carecía en sus inmediaciones de yacimientos que llamaran la atención de los colonizadores; las posibilidades agrícolas y

ganaderas de su vecindario resultaban medianas y el comercio quedaba circunscrito al pobre mercado de la región, pues los zacatecanos, en número diez veces mayor que el de los tapatíos, aun siendo también neogallegos, eran abastecidos a través de caminos que ni remotamente se acercaban a Guadalajara.

Debido al tan marcado desnivel de población y recursos ocasionados por los minerales vecinos de la población de Nuestra Señora de los Zacatecas, no faltó quien propusiera que esta debía ser la capital de la Nueva Galicia, sin embargo, la Corona española prefirió que sus representantes residiesen en una localidad cuyos moradores estuvieran más arraigados por motivos de filiación agrícola y que, por su mayor cercanía al océano Pacífico, pudiese favorecer la vigilancia y la colonización de sus costas ■

Las primeras edificaciones

Al finalizar el siglo XVI Guadalajara no contaría más que con aproximadamente 500 habitantes españoles –173 vecinos–, un número similar de esclavos negros y unas 1,200 familias indígenas repartidas en sus alrededores a una distancia que

no pasaría de 4 o 5 kilómetros de la catedral, cuya construcción tenía unos cuantos años de iniciada.⁹

Pero aparte de este religioso recinto, mismo que fue dedicado en 1618 cuando se dispuso de lo fundamental, no es mucho lo que puede decirse de la arquitectura tapatía del siglo XVI: casas de una planta con muros de adobe, enjarrados en algunos casos –muros cuyo grosor dependía del nivel económico de sus dueños–, un patio interior en torno del cual giraba la vida familiar y techos de madera con teja apoyados en sólidas columnas de piedra.

Solamente unas cuantas fincas incorporaron cantera a sus fachadas, aun cuando solo para enmarcar y dar realce a puertas y ventanas con algunos bajorrelieves que, de ordinario, surgían de la imaginación cristianizada del tallista indígena.¹⁰

Incluso los edificios terminados en el siglo XVII, que por su naturaleza permitían invertir mayores recursos en su realización, fueron erigidos con suma modestia, al extremo de que durante el XVIII serían reconstruidos de nueva cuenta o

9 Provisionalmente las funciones catedralicias estuvieron encomendadas al templo de Santa María de Gracia.

10 Tan solo un ejemplar de estas portadas pudo ser conservado, gracias a que se instaló en el Museo Regional de Guadalajara desde hace más de siete décadas.

restaurados, en muy buena medida. Por consiguiente, de muy pocos de ellos se puede tener una idea, aunque sea vaga, de la fisonomía que ofrecieran originalmente.

La iglesia de San Francisco, la más importante de la ciudad después de la catedral, puesto que constituía el vértice de la evangelización en el occidente de México, habiéndose estrenado su retablo mayor en 1611 –mismo que fue destruido en el siglo XIX–, se mantuvo sin cambios notables hasta 1684. Mas en este año y en el de 1692 se emprendieron diversas modificaciones remarcables como fue la de hacer mucho más alta la nave y cambiar, casi en su totalidad, la fachada.

Quizá la casa que durante el siglo XVII adquirió la mejor parte de su estampa actual fue de la de San Sebastián de Analco, en el poblado indígena que se encontraba “al otro lado del río” de San Juan de Dios, aunque en la centuria siguiente –a partir de 1721– vería agregársele la capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe.

En cambio, Santa María de Gracia, San Agustín, La Compañía, La Merced, La Soledad y Santo Domingo, que constituyen las otras edificaciones importantes del siglo XVII, tuvieron que ser rehechas de punta a punta durante

el siguiente, igual que sucedió con el Palacio de Gobierno, enclavado en el mismo sitio donde hoy está desde 1650, pero vuelto a construir cien años después.

La propia catedral, como en el caso de la iglesia de San Francisco, habría de esperar hasta el último cuarto del XVII, a fin de que se emprendieran los trabajos tendentes a agregarle la cruzía, los colaterales, las barandillas y almenas que coronan sus pretilos, y se terminaran sus torres, rematadas con sendas estatuas del arcángel San Miguel y del apóstol Santiago.¹¹

Muy sintomático de la pequeñez tapatía al iniciarse el siglo XVIII fueron su reducido número de escuelas de educación básica (el jesuita colegio de Santo Tomás y el de infantes de la catedral, para niños y para niñas el de Santa Catalina de Siena, enclavado en Santa María de Gracia); el que solo los jesuitas ofrecieron enseñanza superior a unos cuantos; el que no se dispusiera de imprenta alguna ni de publicaciones periódicas; el que fuese tan pobre su pintura y el que la ausencia de buenas plumas resultase casi total.

11 Estas torres se caerían durante un temblor en 1818.

Se sabe que existían murales en los edificios religiosos, como se había estilado en otras partes de la Colonia un siglo antes. Pero de ellos se conoce apenas que se debieron a pinceles que nunca alcanzaron gran renombre en esta actividad, como fue el caso de los que hizo el alarife Martín Casillas, más famoso por haber dirigido la construcción de la catedral. Sin embargo, el deterioro del tiempo, y las remodelaciones y reconstrucciones posteriores acabaron con estas expresiones artísticas, de ninguna de las cuales ha quedado testimonio valadero ■

El crecimiento durante el siglo XVIII

Pero no podía esperarse más de una localidad que, aún sin detener su crecimiento, al llegar a 1703 apenas alcanzaba los seis mil habitantes.

Mas el despegue ya se había iniciado desde varios años atrás, al coadyuvarse algunas circunstancias que favorecieron de manera sensible el aumento de su población.

En primer lugar, la disposición de mediados del siglo XVII de que todos y cada uno de los hacendados de la periferia pusiesen casa en Guadalajara; la reavivación de la corriente

migratoria española a causa de la creciente miseria peninsular; y de manera más obvia, la colonización de las costas del mar de Cortés, tanto peninsulares como del macizo continental, iniciada por quienes llevaban a la cabeza a los jesuitas Eusebio Francisco Kino y Juan María de Salvatierra –poco antes y después del año 1700– y seguida por otros grupos que capitanearon miembros de la misma orden hasta 1767, cuando la Compañía de Jesús fue retirada por completo de todos los dominios españoles.

Resultaron entonces ser los franciscanos a quienes se encargó tomar el lugar de los expulsos y quienes expandieron los límites del reino hasta donde hoy se levanta la ciudad de San Francisco, en el norteamericano estado de California.

Gracias a este proceso, la región encabezada por Guadalajara ya no constituyó un apartado rincón del vasto imperio de España: dejó de ser un camino a ninguna parte para convertirse en paso obligatorio y en el centro de abastecimiento que más convenía a las tierras recién colonizadas.

Así pues, el limitado comercio de antaño devendría en la actividad económica más lucrativa y, por ende, la más socorrida por los tapatíos, amén de ser la que llevaría la batuta de su vida junto con el quehacer de la burocracia.

En este sentido jugó un importantísimo papel el puerto de San Blas, habilitado oficialmente en 1768 para facilitar la comunicación con las costas del mar de Cortés y con las del Pacífico norte y sur.

De esa manera, si hacia 1742 se hablaba de unos 10 mil o 12 mil habitantes, más de 20 mil habría en 1777; casi 25 mil en 1792, y 34,697 en 1803.

Tal desarrollo ocasionó un florecimiento notable en la fisonomía urbana, pero también se caracterizó por un ascenso enorme del número de pobres y el enriquecimiento muy marcado de unas cuantas familias, cuyas ramificaciones alcanzaban las diferentes actividades lucrativas, incluso el gobierno de la ciudad ■

La arquitectura de la pobreza

La abundancia de la mano de obra hizo que ésta se volviera, en proporción, cada vez más barata, trance que facilitaba la construcción por parte de quienes más tenían, aun cuando también, ante el crecimiento de la miseria y la necesidad de paliar

los problemas de la inseguridad e inestabilidad de ella emanados, resultó impostergable emprender obras de beneficencia que ahora descuellan entre las varias cimentaciones del siglo XVIII en Guadalajara.

Más que una casualidad, resulta una prueba dramática y palpable de la enorme contradicción social imperante, el hecho de que los dos edificios más grandes erigidos en el siglo XVIII y principios del XIX, el Hospital de Belén –hoy llamado Civil– y la Casa de Misericordia –conocida hasta hace poco como Hospicio Cabañas y actualmente Instituto Cabañas–, hayan sido para atender a los desvalidos, el primero de ellos, motivado por la insuficiencia de los antiguos hospitales de Belén¹² y San Juan de Dios¹³ durante el marcado año del hambre –1785-1786–, y el segundo por la necesidad de retirar de la vida pública el excesivo número de indigentes.

Inspiradas por dos obispos diferentes –el hospital por Antonio Alcalde y el hospicio por Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo–, ambas construcciones responden también a dos criterios arquitectónicos distintos. Alcalde, sin más pretensiones, buscó

12 Donde hoy se levanta el Mercado Corona.

13 El Hospital de San Juan de Dios había sido ampliado al mediar el siglo.

la utilidad inmediata; pero Cabañas quiso, además, legar una excelente obra que adornara a la ciudad. El nosocomio fue, pues, realizado por los alarifes locales, tomando el modelo del hospital europeo que pareció más funcional; en cambio, Cabañas contrató para que hiciera el diseño a uno de los arquitectos más cotizados de ese tiempo, Manuel Tolsá, y al maestro de obras enviado por éste, José Gutiérrez, a quien encomendó además la fábrica del Sagrario Metropolitano, adjunto a la catedral, a partir de 1808.¹⁴

Precisamente lo grande del hospicio, iniciado en 1804, impidió que para 1810 estuviese terminado en su totalidad, y aun cuando recibió desde el 1 de febrero de este año a los primeros asilados, entre 1811 y 1828 sirvió de cuartel. Desocupado por la milicia, se volvió a la construcción y por fin se concluyó en 1838 ■

14 A causa de la guerra de Independencia fue interrumpida la construcción del sagrario.

Edificaciones para ricos

Otra de las implicaciones del crecimiento de Guadalajara vino a ser la reducción del espacio vital de sus habitantes, pobres o ricos; los primeros, hacinándose en las limitadas áreas de la periferia urbana que les dejaban libres las propiedades de los segundos; y éstos combatiendo la precariedad de los metros cuadrados sobre los que se asentaban sus viviendas, mediante el inicio de la moda de casas con planta alta, aunque sin olvidar el tradicional patio central. Por lo demás, lo que se perdía en espacio se ganaba en lujo. Los muros continuaron siendo de adobe, pero ahora con muchos remates de cantera; en tanto que, en el interior, empezaron a ser más frecuentes los artículos suntuarios europeos y asiáticos, del mismo modo que en las paredes comenzaron a colgarse cuadros en que se perpetuaba la efigie de algún santo o de algún miembro de la familia, con lo cual se dio pie para un auge de la pintura, toda vez que los artistas acertaron a encontrar clientes ya no tan solo en las iglesias.

La mayor riqueza de los pudientes y el mayor número de ellos, incrementaron también sus deseos y necesidades

educativas, urgencias que dieron lugar asimismo a nuevas construcciones. De la primera mitad del siglo datan el colegio de niñas de San Diego¹⁵ –para hijas de acaudalados– y el de Jesús María,¹⁶ para las de menores recursos, siempre y cuando fuesen criollas, en tanto las casas de los antiguos colegios para varones eran mejoradas.¹⁷

De igual modo, al mediar la centuria, se dio por terminado lo que sería la residencia del Seminario Conciliar de San José,¹⁸ institución que se había fundado en 1700 ■

Construcciones religiosas

Por otro lado, como es de suponerse en una sociedad tan religiosa como la neogallega con una Iglesia tan rica e influyente, no faltaron importantes reformas a templos antiguos (por ejemplo, al convento de San Francisco y a la misma catedral),¹⁹

15 Hoy escuela urbana “Manuel M. Diéguez”, en González Ortega 319, aunque ha sufrido muchas modificaciones.

16 En las calles de Morelos y Contreras Medellín.

17 El Colegio de San Juan sería destruido al mediar el siglo xx.

18 Hoy Museo Regional de Guadalajara, en Liceo 60, fue construido entre 1742 y 1758.

19 A la iglesia del convento de San Francisco se le dio más altura.

ni erecciones de magníficos edificios nuevos. En el atrio del referido convento de los franciscanos, a mediados de siglo se levantó la capilla de Aranzazú²⁰ con el mejor de los retablos que aún conserva la ciudad; el convento que albergaría a los Carmelitas, que se hallaban en Guadalajara desde 1720, el cual fue remozado entre 1820 y 1830 y destruido casi totalmente después.²¹ Pero fue el caso de Santo Domingo, de cuyos vestigios nada quedó.²²

Asimismo, al principiar el siglo XVIII se dio forma final a San Agustín –hoy Escuela de Música– y a La Merced, cuya iglesia subsiste, y, al finalizar la centuria, se erigió el de San Felipe, cuya torre se considera una de las mejores de México.²³

También las monjas dejaron su huella arquitectónica. Del convento de las dominicas –Santa María de Gracia– perviven algunos de sus anexos: el ahora Palacio de Justicia, la iglesia misma y el patio de la Escuela de Artes Plásticas, resultado de

20 Los tapatíos han hecho aguda esta palabra que originalmente era esdrújula: *vox populi, vox dei*.

21 Lo que actualmente se conoce como iglesia del Carmen era una pequeña capilla lateral, agregada al finalizar el siglo XIX. Lo que ahora sobrevive de los restos del convento es una dependencia del Gobierno del Estado.

22 Desde finales del siglo XIX se levanta allí la iglesia de San José.

23 El convento es desde 1914 la Escuela Preparatoria de Jalisco.

lo que se erigió en el siglo XVIII. De las Carmelitas perdura Santa Teresa²⁴ y de las antiguas recoletas, cuyo conjunto monacal –comenzado alrededor de 1730– se dedicó a Santa Mónica, sobrevive lo que sin duda es la más preciada de las iglesias de Guadalajara²⁵ y un patio, denominado de “Los Ángeles”, que fue trasladado a espaldas de San Sebastián de Analco ■

Otras construcciones

Tal agrandamiento no podía dejar inmutable la casa del poder donde sentaba sus reales quien representaba a “Su Majestad”: el Palacio de la Audiencia, hoy conocido como Palacio de Gobierno, el cual fue concluido hacia 1790 en el mismo sitio en que se encontraba el anterior.

Primero se dispuso, para su erección, de los fondos que dejaban los gravámenes de la venta del llamado “vino mezcal”. No obstante, en 1785 cuando Carlos III prohibió su fabricación, el mezcal no se acabó, pero sí los fondos que proporcionaba, de manera que la última fase de su construcción fue más

24 Calle Morelos y Donato Guerra.

25 El convento fue destruido durante la segunda mitad del siglo XIX.

precaria que la primera. Sin embargo, ha sufrido las suficientes reparaciones atingentes como para que su imagen actual sea homogénea.

Igualmente, durante la segunda mitad del siglo XVIII, la imagen general de la ciudad sufrió sus cambios: se construyeron los portales vecinos de la Plaza de Armas para facilitar el comercio al menudeo; se empedraron las principales calles; se urbanizó el parque de la Alameda; se construyeron puentes sobre el río de San Juan de Dios, etcétera.

Por último, como una muestra más del desarrollo y del auge de algunos tapatíos, vale referir que en la década postrera del siglo se logró, después de varios intentos fallidos, inaugurar la Real Universidad Literaria de Guadalajara –1792–, en el propio edificio donde había estado el colegio de los jesuitas. Asimismo, abrió sus puertas la primera imprenta tapatía –1793– y se creó el Real Consulado de Guadalajara –1795–, el cual agruparía a todos los comerciantes locales y acabaría con la exclusividad que durante doscientos años ejerciera el de la ciudad de México.

De hecho, desde mediados del siglo XVIII, los adinerados tapatíos se habían sentido con la agallas suficientes como para reclamar una mayor participación política, demanda que se

tradujo en las varias gestiones emprendidas a fin de que junto con Nueva Vizcaya, Nueva Galicia integrara un virreinato cuya capital estaría en Guadalajara.

Justamente a ese empeño respondió el texto más importante de la centuria: *Historia del Reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*. En efecto, el interés central de su autor, Matías de la Mota Padilla, al escribir su libro en 1742, era demostrar el derecho, la posibilidad y la conveniencia de crear el referido virreinato que liberaría a los neogallegos de la tutela de los novohispanos.

La idea no prosperó en España debido a que se preparaba entonces una cabal reforma administrativa que se contempló en la Ordenanza de Intendentes de 1786, mediante la cual el virreinato de Nueva España quedó dividido en 12 intendencias, dos de las cuales serían Guadalajara y Zacatecas, con sedes en las respectivas ciudades del mismo nombre.

De esta forma se reducía el territorio político encabezado por Guadalajara, aunque su control se tornaría más intenso en detrimento de la evasión fiscal y de las pretensiones de los adinerados criollos tapatíos. Así, algunos empezaron a conspirar contra las autoridades españolas en 1793; mas pronto fueron

descubiertos y encarcelados por un tiempo razonablemente corto.

Comoquiera, no dejó de ser esta una de las primeras manifestaciones del divorcio que se estaba generando entre las autoridades españolas y los ricos tapatíos, de manera que si éstos no participaron con mayor decisión en la guerra iniciada en 1810, ello se debió a la creciente prosperidad en que se encontraban, la que, gracias a contingencias ajenas, se vería aún más favorecida ■

La insurgencia

Fue el 26 de noviembre de 1810 cuando Miguel Hidalgo y Costilla, párroco de Dolores, hizo su entrada en Guadalajara a la cabeza de un nutrido grupo de insurgentes, ofreciéndosele una apoteótica recepción a pesar de que en Aculco²⁶ había sufrido ya un serio revés por cuenta de la tropa “realista”, comandada por el general Félix María Calleja del Rey.

26 Al ser derrotados en Aculco, se separaron los jefes rebeldes que se habían alzado en Dolores el 16 de septiembre de 1810: Hidalgo marchó a Morelia e Ignacio Allende a Guanajuato. Finalmente se reunirían en Guadalajara.

Hidalgo fue recibido por José Antonio Torres *el Amo*, quien había tomado Guadalajara no hacía mucho y provocado la huida a San Blas de muchos señorones –entre los que se encontraba el mismo obispo Juan Ruiz de Cabañas–, gracias a que sus desarrapadas huestes habían vencido en Zacoalco a un contingente formado por jóvenes criollos tapatíos que salió en defensa de su ciudad.

Precisamente en Guadalajara, Miguel Hidalgo procuró darle un poco de organización a la insurgencia, dictando algunas disposiciones como las de abolir la esclavitud, el papel sellado y las alcabalas –lo cual sería del agrado de los comerciantes tapatíos–, amén de promover la edición del periódico rebelde *El Despertador Americano*, el cual alcanzó tan solo siete números, y organizar sus tropas para encarar al ejército real, comandado por Calleja, que se aproximaba a Guadalajara.

El encuentro se produjo a una jornada de la ciudad en el Puente de Calderón, inmediato a Zapotlanejo, donde los insurrectos quedaron derrotados por completo el 17 de enero de 1811, dando pie para que las tropas de Calleja llegasen a Guadalajara a tomar venganza de quienes habían colaborado con la revuelta.

Correspondió entonces a José de la Cruz asumir el mando, personaje que formó con el obispo Cabañas una férrea y hábil mancuerna que, sin importar los medios, lograría mantener el orden en Guadalajara y someter cuanto brote de inconformidad surgiera en el territorio ahora a sus órdenes, excepción hecha de los rebeldes comandados por Marcos Castellanos en el lago de Chapala y del cabecilla Gordiano Guzmán en el sur de la Intendencia, amparado por la sierra del Tigre.

Pero si el grueso de la rebelión se concentró luego en los caminos del sur –actuales estados de Guerrero y Morelos– bajo la dirección de José María Morelos, no por ello dejó de influir en Guadalajara, aunque en un sentido inverso al que los separatistas deseaban, ya que, en vez de favorecer a la causa, más bien propició la conformidad.

Puesto que las campañas de Morelos amenazaban la seguridad de la ruta Acapulco-México, gran parte de su comercio se efectuaría por el puerto de San Blas y enriquecería de manera notable a los negociantes tapatíos, lo cual, aunado a la creciente inseguridad rural –que llevaba hacia las ciudades a quienes tenían riqueza que perder–, hizo que Guadalajara medrase de un modo más que sensible durante los años de

1811 a 1815. De modo que si en 1810 llegaba ya a los 35 mil habitantes, para 1822 se hablaba de 46,804 y de que, “a causa del comercio”, la superficie urbana se había expandido un 25%.

Sin embargo, entre la mortandad causada por el cólera en 1833, la prolongada y creciente crisis general que sobrevino a la consumación de la independencia en 1821, el imperio de Iturbide y su desconocimiento, la creación del estado libre y soberano de Jalisco en 1823 –para así presionar al país entero a declarar la federación al finalizar el año– y la falta de mercado y capitales, dieron mucho en qué pensar y más sobre qué discutir a los tapatíos, mucho más cuando en 1838 su número se estimaba en 45,500, casi 1,500 menos que quince años antes ■

Imperio y federación

Como se sabe, fueron los más acérrimos enemigos de la insurgencia popular iniciada en 1810 quienes, al final de cuentas, convinieron en consumir la separación política en 1821, con el objeto de evitar la legislación liberal impuesta por segunda ocasión en España el año anterior. Y justamente fue un jefe español, Pedro Celestino Negrete –quien había hecho carrera

militar combatiendo a los rebeldes–, el que se presentó en Tlaquepaque –13 de junio de 1821– proclamando la independencia, con el beneplácito y el auxilio financiero del obispo Cabañas, uno de los dos brazos del rey en Guadalajara; en tanto que el otro, José de la Cruz, permaneció fiel a su majestad y optó por huir. Al día siguiente, la emancipación era ya un hecho en Guadalajara, tres meses antes que en la ciudad de México.

En 1822 sobrevino la primera experiencia imperial mexicana y una de las personas en quienes Agustín I tuvo más confianza, Luis Quintanar, fue enviado a gobernar la provincia de Guadalajara. Muy pronto, sin embargo, cuando el trono comenzó a naufragar, fue éste uno de sus principales enemigos y uno de los cabecillas de la vocación federalista de los comerciantes tapatíos que promovieron la creación del Estado libre y soberano de Jalisco, el 16 de junio de 1823.

No obstante, el federalismo permitió también el fortalecimiento de otro grupo de criollos, menos ricos y más cultos, que reclamaron una democratización de la vida política y reformas socioeconómicas de cierta profundidad, en detrimento de los acaudalados, incluyendo a la Santa Madre Iglesia.

Tanto Prisciliano Sánchez, el primer gobernador regido por la Constitución federal de 1824 y la estatal del mismo año, como Juan N. Cumplido, Ignacio Cañedo y Pedro Tamés, quienes le sucedieron antes de que se impusiera el centralismo en 1834, procuraron implantar las libertades individuales obtenidas sobre el papel constitucional e imponer otras más a fin de generar una modernización del país, de acuerdo con los criterios hegemónicos de Europa occidental y de Estados Unidos: creación del Instituto de Ciencias del Estado –1826– conforme a la ideología liberal, en vez de la universidad; mayor número de educandos; libertad de imprenta y de cultos; menos impuestos; autonomía de los estados y, por último, desamortización de los bienes eclesiásticos y supresión de los fueros ■

Contrarrevolución

Mas en 1833 se inició una arremetida contra el gobierno, en medio de un clamor antiliberal mediante el brazo armado del general Antonio López de Santa Anna, quien se puso a la cabeza de un autogolpe militar a fin de sacar de la administración

pública a los liberales y federalistas, como aconteció con el vicepresidente Valentín Gómez Farías.²⁷

A partir de 1834, se procedió a imponer en todo el país un centralismo absoluto, similar al que, en tiempos coloniales, había privado en lo que dependió de la Nueva España, un centralismo que restringía o suprimiría muchos logros obtenidos en la etapa próxima anterior.²⁸

Sin embargo, durante este tiempo se sintió el clero lo suficientemente tranquilo y dispuso de los recursos indispensables para terminar dos obras importantes, el Sagrario y el Hospicio, así como para construir las nuevas torres de catedral –1850– que se habían venido abajo a causa de un temblor ocurrido en 1818, y emprender los necesarios trabajos de dirección del panteón de Santa Paula, a espaldas del hospital de Belén. Para estas obras se contó con la dirección del arquitecto Manuel Gómez Ibarra, favorito de la mitra.

El gobierno civil, por su parte, mientras la Iglesia terminaba sus obras, daba los pasos conducentes para iniciar la edificación

27 Nacido en Guadalajara el 14 de febrero de 1781.

28 Se reabriría la universidad, se abolió la libertad de imprenta y la autonomía estatal, etcétera.

de una penitenciaría que llevaría el nombre de Escobedo, en honor del gobernante que puso su primera piedra en 1848, aun cuando su hechura no se terminó hasta unas cuatro décadas después, habiendo sufrido innumerables suspensiones por razones económicas, políticas y militares.²⁹

Se trataba de una obra indispensable, pues el reclusorio que se hallaba en el costado sur del palacio era ya a todas las luces insuficiente y en extremo incómodo para los presos, que aumentaban en forma alarmante, debido a la progresiva delincuencia originada en la miseria cada vez más grande.

En ese ir y venir, el empresario tapatío se decidió, a su vez, por dar un paso importante, abriendo las primeras fábricas en Guadalajara entre 1840 y 1850,³⁰ lo cual creó nuevas fuentes de trabajo que atrajeron hacia la ciudad a los campesinos expulsados del medio rural, de donde huían por la inseguridad o el despojo de que eran víctimas por cuenta de quienes poseían más tierras y recursos. En consecuencia, al elevarse

29 La Penitenciaría de Escobedo fue construida en la antigua huerta del convento del Carmen, donde hoy se encuentra el Parque de la Revolución, pues el penal fue derribado en 1925.

30 La primera fue “La Prosperidad Jalisciense”, en Atemajac, dedicada a los textiles.

el número de tapatíos hasta llegar a 68 mil en 1856, también se incrementaría la cifra de desempleados y aumentaría la magnitud de los problemas que estos acarreaban.

El federalismo reinstaurado en 1846, tuvo que hacer frente de inmediato a la invasión norteamericana, que, si bien no implicó combates en el campo jalisciense y menos aún en Guadalajara, sí obligó a que el gobierno local realizara fuertes erogaciones económicas en perjuicio de renglones tan importantes como la educación y los caminos ■

La guerra civil

Los liberales que ahora estaban en el gobierno, siendo mucho más moderados que los de 1823-1833, en cuanto quisieron emprender las primeras reformas fueron de nuevo arrasados por el conservadurismo y, a partir de 1853, Antonio López de Santa Anna fue encumbrado de nueva cuenta a la presidencia de la República, aunque en esta oportunidad con carácter vitalicio y con plenos poderes, gozando del tratamiento de “Alteza Serenísima”.

Con ello la situación política se polarizó y su derrocamiento, planeado en Ayutla en 1854 y conseguido al año siguiente, abriría las puertas a una verdadera guerra civil para definir de una vez si el conservadurismo imperaría o si quienes propendían a una verdadera revolución liberal se saldrían con la suya. Una lucha en la que el campo de Jalisco y la misma ciudad de Guadalajara serían escenario de combates muy importantes.

Se aprestaban los rebeldes de Ayutla a tomar por asalto la capital de Jalisco a mediados de agosto de 1855 –después de varias victorias en el sur del estado–, cuando se supo que el dictador Santa Anna había abandonado el país el día 9, de manera que las autoridades tapatías debieron capitular y entregar la plaza a los insurrectos, en medio del entusiasmo popular.

Santos Degollado, quien había sido el primero en llevar la rebelión al campo de Jalisco, fue nombrado gobernador y a él tocó dar los primeros pasos para disponer el nuevo orden. Sin embargo, los liberales pretendían ahora cambios de mayor trascendencia, cambios que se planearon para la nueva Constitución que se elaboraría durante el año de 1856.

La reacción conservadora no se hizo esperar y se atrajeron para sus fines al mismo presidente Comonfort, mas el vicepresidente Benito Juárez asumió el cargo y buscó refugio con sus ministros, primero en Guanajuato y luego en Guadalajara –18 de febrero a 20 de marzo de 1858– donde a punto estuvo de ser asesinado o, por lo menos, entregado al enemigo. Pero fue salvado por la oportuna intervención de sus ministros y la pronta respuesta de los liberales tapatíos.

Juárez, finalmente, se embarcó en Manzanillo para acabar instalándose en Veracruz, donde permaneció hasta 1860. En Jalisco, mientras tanto, sus correligionarios se defendían con ímpetu de los conservadores.

No obstante, transcurridos tres días de la salida de Juárez de Guadalajara, la ciudad cayó en manos de sus enemigos, aunque prestos volvieron los liberales al ataque. Luego de su intento frustrado emprendido en junio de 1858 y de un par de fintas más, consiguieron por fin el éxito deseado, después de un sitio de 24 días, durante los cuales, minas, cañonazos, piquetas y toda suerte de artificios ofensivos y defensivos sembraron la destrucción en el área urbana, trance que fue aprovechado por los vencedores para abrir calles obstruidas por los principales

conventos: El Carmen, San Francisco, Santa María de Gracia, Santa Teresa, etcétera.

Mas poco les duró el sabor de la victoria, pues el 16 de diciembre hubieron de abandonar de nuevo la plaza ante el arrollador avance del general Miguel Miramón.

Días antes de que este saliera de la ciudad en pos de los liberales, delegó su gobierno y defensa al general Leonardo Márquez y a punto estuvo de perecer –el 10 de enero de 1859– debido a una explosión del arsenal que destruyó la parte trasera del Palacio de Gobierno.

Con todo, el resto del año transcurrió sin que la capital jalisciense cambiara de manos, aun cuando en mayo de 1860 hubieran de enfrentar los conservadores un nuevo ataque que duró solo un par de días, pues los liberales se retiraron. Lo que resultaría ser el asalto final, se inició a fines de septiembre de 1860 y no se resolvería en favor de los atacantes hasta el 3 de noviembre, con la consecuente secuela de destrucción.

En los años siguientes, poco pudo hacer el gobierno liberal en beneficio de la urbe tapatía, como no fuera apuntar la creación de algunas instituciones acordes con el nuevo orden –Liceo de

Varones, Biblioteca Pública, etcétera–, ya que en 1862 debió enviar recursos para hacer frente a la invasión francesa y, desde el 6 de enero de 1864, aceptar que las tropas extranjeras penetraran en la capital de Jalisco.

No fue duradera ni tranquila la estancia en esta ciudad de los forasteros, pues en el sur de la entidad nunca dejaron de combatir ni fueron dueños más que del terreno que pisaban. Por fin, a mediados de 1866, comenzaron a retirarse, en tanto que las tropas republicanas avanzaban hasta conseguir posicionarse en Guadalajara el 21 de diciembre de ese año ■

República restaurada y porfiriato

La restauración republicana no estuvo exenta de graves problemas políticos e, incluso, a un tris se vio Guadalajara de ser invadida por la hueste indígena de la nayarita sierra de Álica, pero fue rechazada por las tropas regulares que encabezaba Ramón Corona, ya casi en las goteras de la ciudad, en enero de 1873.³¹

³¹ Fue en la batalla de la Mojонера, municipio de Zapopan, el 28 de enero de 1873.

Las disputas entre vallartistas y lerdistas,³² primero –1874-1876–, y entre vallartistas y porfiristas después –1877-1882–, mantuvieron intranquila a la población, mas cuando estos últimos se impusieron, sobrevino una paz que acabaría fortaleciéndose al propiciar el desarrollo capitalista en Jalisco.

Se inicia entonces, en 1877, el largo gobierno militar de Porfirio Díaz, que dio entrada a capitales a inmigrantes procedentes de Europa y de Estados Unidos, y se produjo un indeleble progreso en los centros urbanos, Guadalajara entre ellos, aunque a costillas de una explotación excesiva de los trabajadores en general y del sometimiento de los gobiernos estatales a la voluntad presidencial.

Solamente que en Jalisco la hegemonía del dictador se vio interrumpida por el regreso del general Ramón Corona, quien ocupó la gubernatura de su estado en 1887 con claras intenciones presidenciales. Asesinado Corona en 1889, se dio cabida a verdaderos porfiristas en el gobierno de Jalisco, desde 1890 a 1911.³³

32 Seguidores de Ignacio L. Vallarta y del presidente Lerdo de Tejada, respectivamente.

33 El general Galván falleció poco más de un año después de tomar posesión. Le siguió el general Luis C. Curiel, quien duró once años y a éste el coronel Miguel Ahumada durante ocho.

Comoquiera, esta época, que finaliza en 1911, dejó una profunda huella en la ciudad: apareció la luz eléctrica –1884–; los tranvías de mulitas, alrededor de 1880, y los eléctricos en 1907; creció la industria³⁴ y el comercio; arribó el ferrocarril de México en 1888 y el de Manzanillo en 1909. Entretanto, Guadalajara ingresaba al siglo XX con más de cien mil habitantes, cantidad que no dejó de enorgullecer a los tapatíos.

Asimismo, nuevas urbanizaciones con los significativos nombres de colonias Americanas y Francesa,³⁵ empezaron a cambiar desde el fin del siglo la imagen tradicional de la ciudad, lo mismo que el entubamiento de su primer tramo del río de San Juan de Dios,³⁶ además de los recién terminados templos de San José, El Pilar³⁷ y El Carmen,³⁸ los que junto con

34 Sobre todo la industria textil.

35 Colonia Americana, al poniente de Tolsa y sur de Morelos. Colonia Francesa, al poniente de Tolsa y norte de Morelos.

36 Por donde hoy pasa la Calzada Independencia.

37 San José, frente al jardín de la Reforma, se levantó donde antes estaba el convento de Santo Domingo. El Pilar, que ya existía desde el siglo XVIII, fue reconstruido totalmente en el último cuarto del siglo XIX.

38 La iglesia principal del convento dio paso a la actual avenida Juárez, por eso se reconstruyó una capilla adyacente.

el Teatro Degollado³⁹ y el seminario reforzaban la presencia del neoclásico dentro del perímetro tapatío.

En vez de la secular pila donde abrevaban las bestias que servían para abastecer a los mercaderes, también aparecería en 1882, un primer quiosco en la Plaza de Armas; otro a finales del siglo y, en 1908, el tercero. Para esas fechas el centro de la plaza era el lugar de reunión de la gente elegante, que caminaba en torno del quiosco mientras escuchaba los compases de la banda ■

La revolución y su secuela

Aun cuando no dejó de haber en Guadalajara ciertos brotes de inconformidad y rebeldía contra la dictadura –huelgas y protestas estudiantiles–, no puede decirse en rigor que haya sido una ciudad revolucionaria, aunque sí paso obligado y botín atractivo de las partes beligerantes. Por consiguiente, no tardaron en ser comunes entre los tapatíos, tanto los impulsivos norteños como los escurridizos sureños y el rígido orden social se vino abajo. Gente “no conocida” pululaba por las calles,

³⁹ El Teatro Degollado se inició en 1856, mas no pudo ser terminado hasta 1883, aunque no ha dejado de recibir “mejoras”.

desplazando de ellas a quienes antaño las habían hecho suyas; los pobres ganaron el centro urbano y los ricachones acabaron por cederlo e irse a vivir en las colonias “de Tolsa para arriba”.⁴⁰ Finaba entonces el tercer quinquenio del siglo XX e irrumpía el cuarto.

Como sea, la revolución implicó una sensible migración: muchos se irían en busca de estabilidad a la capital o más allá de las fronteras; otros vendrían a buscar seguridad aquí. Pero el saldo, si bien fue desfavorable en cuanto a apellidos connotados, no así en “gente común”, de manera que para 1921, el censo anunciaba ya 147,575 residentes.

Los años propiamente revolucionarios no dejaron en la ciudad una secuela de destrucción, pero sí un marcado deterioro motivado por lo deficiente de su mantenimiento, amén de que nada nuevo se ofrecía a la imagen urbana, de no ser el incremento de viviendas de pocos o medianos recursos y los primeros pasos en la erección de sendos edificios para los poderes legislativo y judicial, mismos que terminarían albergando a la Universidad

⁴⁰ Expresión tapatía para referir a quienes vivían en las colonias elegantes, al poniente de la calle Tolsa.

de Guadalajara.⁴¹ Sin embargo, a partir de 1930, cuando la capital jalisciense contaba ya con 184,826 moradores y acababa de pactarse la paz con los cristeros, empezaron a verse de nuevo las mejoras y un deseo de modernización que terminaría por aniquilar la fisonomía tradicional de la urbe tapatía.

Así, alrededor de 1950, por ejemplo, se llevó a cabo una transmutación intensiva de sus calles y ampliación de varias de ellas en el centro de la ciudad, lo mismo que de plazas vecinas a la catedral: la de los Laureles, en su frente; la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres, al norte y, al sur, la más grande de todas, llamada oficialmente de la Liberación⁴² y popularmente “el dos de copas”. A partir de entonces se inició, también, la apertura de numerosas avenidas periféricas para dar acceso a los múltiples fraccionamientos habitacionales e industriales que se crearon.

Con anterioridad, en 1927, se había logrado por fin establecer conexión ferroviaria con la frontera norte. Siendo noroeste-

41 Estos edificios, una vez terminados, fueron cedidos a la Universidad de Guadalajara. Uno de ellos fue derribado el 12 de diciembre de 1980.

42 El 5 de febrero de 1982, se le cambió el nombre oficial a Plaza de los Tres Poderes.

ricana la firma propietaria, se le llamó el Sud-Pacífico, aunque para los tapatíos la ruta que cubría quedaba hacia el norte de su sede. Comoquiera, fue conocido con frecuencia por el lenguaje popular como el “sudpaciencia”, antes de ser nacionalizado y convertirse simplemente en Ferrocarril del Pacífico.

En otro sentido, la vía de referencia reanimó las posibilidades comerciales de Guadalajara con la costa norte e, incluso, la exportación de productos a Estados Unidos, así como su importación legal e ilegal; actividades que durante la Segunda Guerra Mundial permitieron un notable escape de artículos manufacturados en Guadalajara por talleres fundados ex profeso –zapateros y textiles, principalmente–, los cuales fungieron como pie de cría para una nueva etapa industrializadora que se consolidó hacia 1950, gracias al desarrollo agrícola que durante ese tiempo tuvo el norte del país.

De tal manera, apoyado en una crecida inmigración procedente del medio rural jalisciense y de entidades periféricas, que ha venido acudiendo al valle de Atemajac en busca de mejores condiciones de vida, el desarrollo de la ciudad ha sido impresionante ■

Hacia la metrópoli

En efecto, desde 1940 el crecimiento de Guadalajara adquirió un ritmo inusitado, cuya población ese año llegó a 229,226 habitantes y, naturalmente, la mancha urbana se expandió de manera notable, alcanzaba a cubrir ya 2,620 hectáreas, con la tendencia a unirse a las poblaciones de Zapopan y de Tlaquepaque. Cabe agregar que con las exigencias crecientes de suelo urbanizado, la especulación fue en aumento y los problemas urbanos comenzaron a preocupar a técnicos y autoridades, a cuya iniciativa aparecen diversas leyes y con ellas los primeros organismos públicos con responsabilidades en la ordenación y planeación de la ciudad, como la creación del Consejo de Colaboración Municipal de Guadalajara, en junio de 1943, el cual realizó numerosas obras de interés público con recursos provenientes tanto del propio erario como de particulares. En él jugaron un papel preponderante los hermanos Víctor y Efraín González Luna.

En 1942 Guadalajara celebró el cuarto centenario de su fundación, y para dar relevancia al fausto, el gobierno estatal construyó Los Arcos, monumento que marcaba el ingreso a la

ciudad por el poniente, donde confluían las carreteras a México (vía Morelia), Colima y Nogales ■

Incremento demográfico

El notable ritmo de crecimiento poblacional de Guadalajara, gracias a la mejoría de la salud pública y la consecuente disminución de la mortalidad infantil, sumada a la resistencia eclesiástica al control natal, llevó a la cifra de 827,895 habitantes en 1960, pero unos cuantos años después alcanzó un millón de habitantes, en 1964, lo cual fue conmemorado con entusiasmo en ese tiempo, sin percibir que el paso era excesivamente acelerado y pronto daría lugar a la aparición de graves problemas que, en vez de paliarse, se han venido acrecentando con el paso de los años.

Entre lo que más se presumía en Guadalajara como emblema de modernidad era el edificio de la Central Camionera, inaugurado en 1955, punto del que salían y al que llegaban todas las líneas de autobuses foráneos, en el cual se reunieron en un solo lugar las terminales antes diseminadas por diferentes rumbos de la ciudad. También el Canal 6 de televisión que, siendo de ca-

pital tapatío, comenzó sus transmisiones en 1960; y se concluyó en 1963 el Condominio Guadalajara, construido en el barrio de Mexicaltzingo –precisamente en los terrenos que se liberaron con el cambio de la estación de los ferrocarriles a su nueva sede, más al sur, unos años antes–, con sus 104 metros de altura y 26 niveles, se ostentó como el edificio más alto durante mucho tiempo, aunque su éxito funcional no cubrió las expectativas. En cambio, caso muy exitoso fue el Mercado de Abastos, construido en 1967 y más todavía Plaza del Sol, un novedoso centro comercial que se inauguró en 1969, haciendo honor a la tradición mercantil de Guadalajara.

Además, por esos tiempos y en el aspecto político, muchas decisiones importantes no las tomó el gobierno sin previa consulta y concordancia con grupos de poder de la iniciativa privada. Entre éstos, aunque también se ha contado con agrupaciones de industriales y de otras actividades económicas, la más destacada ha sido siempre la Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara, gracias a su mayor prosapia y antigüedad, y a la obligación que tenían todos los comerciantes, antes de 1990, de estar afiliados a ella.

Una prueba contundente de la consideración que se tuvo hacia las demás fuerzas reales, fue que a partir de 1949 el cargo de vicepresidente municipal –creado en 1914– procedió a ser generalmente desempeñado por algún ciudadano propuesto por el sector privado y se encargaba de “hacienda y presupuestos”. Cabe recalcar que este funcionario muy rara vez se confrontó con el presidente municipal.⁴³

Pero el crecimiento poblacional de Guadalajara siguió en aumento. La ciudad recibió muchos nuevos moradores provenientes del noroeste del país, la mayoría de los cuales empezaban generalmente por venir a estudiar a la Universidad de Guadalajara y un alto porcentaje se quedaba a residir luego de haberse titulado. Igualmente hubo un buen número procedente del Distrito Federal en busca de una mejor calidad de vida, pero otros más llegaron de localidades de Jalisco y de sus alrededores, donde empezaba a faltar trabajo y había menos oportunidades que muchos vinieron a buscar en su capital.

A principios de los años setenta se daba cuenta de los primeros asentamientos irregulares y se tuvo que incrementar de modo

⁴³ La vicepresidencia del ayuntamiento de Guadalajara desaparecería en 2004, cuando tras nueve años de gobiernos municipales no emanados del PRI, los dirigentes del PAN la consideraron inútil y hasta contraproducente.

muy considerable la inversión para dotar a los nuevos tapatíos de agua, luz y demás servicios fundamentales. Los esfuerzos y las aportaciones económicas que se hicieron fueron muy grandes y la situación de muchos no tardó en mejorar sensiblemente.

También en la década de los setenta hizo su aparición el Infonavit –fundado en 1972–, que construyó, de acuerdo con propuestas y modelos establecidos para todo el país, una gran cantidad de viviendas concentradas en conjuntos habitacionales, aunque con frecuencia se escogieron terrenos inapropiados por sus condiciones particulares y muy alejados de los servicios y centros de trabajo, educación o esparcimiento, de manera que, con el tiempo, varias de aquellas casas incluso se fueron abandonando y quedaron prácticamente deshabitadas, en virtud de que no se pudo o no se quiso dotarles de los necesarios servicios complementarios.

Guadalajara en 1980 era ya la segunda ciudad más importante del país, la cual respecto a las demás localidades de Jalisco, concentraba población, actividad económica, cultural, comercial, política y administrativa. Sus límites municipales fueron rebasados y englobaba en la gran mancha urbana las poblaciones de Zapopan y Tlaquepaque. En tal década

empezó a perder su escala humana y creció anárquicamente, dando pie a desorden ambiental y funcional, a insalubridad, marginación de la población, aumentó la criminalidad, lo mismo que los problemas administrativos y financieros. En este cúmulo de problemas urbanos, se dio el programa para el área metropolitana llevado a cabo a partir de 1989, el cual permitió que, al llegar al año de 1992, cuando se celebró el 450 aniversario de la ciudad, todas las 189 colonias habidas entonces tuvieran agua entubada, drenaje y electricidad.

Pero, desde finales del siglo xx, al dedicarse menos recursos para la obra pública, por consumir el gasto en nómina la mayor parte de los presupuestos, la inmensa mayoría de los asentamientos, que siguieron incrementándose aceleradamente, no fueron atendidos con la misma eficiencia, por lo que se dio una verdadera faja de miseria extrema en derredor del Área Metropolitana de Guadalajara, que ahora se antoja muy difícil de contrarrestar y es fuente inagotable de complicaciones para todos, además de que la forma de vivir en ella no debería ser tolerada.

Habiendo cobrado conciencia del problema, en 2009 se consiguió un crédito del Banco Interamericano de Desarrollo por

1,200 millones de pesos para un programa que se denominó “Agua para todos”, pero los fondos fueron desviados y muy poco se aplicó a la real solución del abasto de agua, el cual en vez de menguar, siguió acrecentándose, aparte del descrédito internacional que le acarreó al país cuando se supo del gran desfalco.

La aglomeración de gente y sus problemas inherentes han contaminado a los municipios vecinos, sobre los cuales se ha volcado la ciudadanía, que dejó de caber dentro de la jurisdicción de Guadalajara o porque sus pocos recursos económicos no le permitieron adquirir vivienda, aunque fuera muy modesta, dentro o cerca de ella.

Por eso el valle de Atemajac acabó convertido en una enorme zona metropolitana, cuyas casas eran mayormente de escasa altura, de manera que los kilómetros cuadrados resultaron ser muchos más de lo que podía esperarse de su demografía. Los tapatíos y los jaliscienses en general, han sido reticentes a los grandes conjuntos habitacionales, especialmente cuando son de varios pisos, aunque en épocas recientes muchos han tenido que doblegar sus deseos y adaptarse a vivir a mayor distancia del suelo, y con vecinos arriba y abajo de su hogar.

Incluso, en diversas partes de la ciudad han desaparecido ya las prohibiciones que había para construir más de tres plantas.

Aunque también hay que decir que, con frecuencia, tales fraccionamientos en municipios aledaños fueron autorizados sin tomar en cuenta criterios elementales de urbanización y con considerables deficiencias, que con el tiempo derivaron en problemas de gravedad creciente.

De tal manera, desde hace ya tres décadas la gran mancha urbana abarca también una buena parte de los municipios de Zapopan, Tlaquepaque y Tonalá. Por su lado, Tlajomulco, empezó a resentir el acoplamiento a la zona metropolitana después y, más tarde, la extensión de asfalto ha penetrado ya en El Salto, Juanacatlán e Ixtlahuacán de los Membrillos, hacia el sur; en Zapotlanejo, al noreste, y Arenal hacia el poniente.

En el año 2020 la población del valle de Atemajac sobrepasó los cuatro millones. Si bien el número de habitantes del municipio de Guadalajara redujo mucho el ritmo de su crecimiento –el censo respectivo registró 1’385,629 almas– y su centro incluso comenzó a disminuir en población, no por ello menguaron las aglomeraciones y embotellamientos, pues lo que no dejó de aumentar fueron los asentamientos de todo tipo en los al-

rededores, cuyos residentes, en su gran mayoría, de cualquier manera desarrollan una muy buena parte de sus actividades cotidianas dentro de la jurisdicción tapatía ■

Actividades económicas

El aumento de pobladores de Guadalajara, sensiblemente acrecentado durante la segunda mitad del siglo XX, como ya se dijo, ayudó de manera importante a un mayor desarrollo comercial, que le dio continuidad al impulso que se había cobrado durante la Segunda Guerra Mundial. Gracias a ella se había dado la fabricación de diversos productos, que antes se importaban y, por otro lado, se aumentó la exportación a los Estados Unidos y a otros países cercanos.

También gracias a importantes mejoras en la comercialización, a la que contribuyeron inmigrantes libaneses, judíos y españoles, se aprovechó el aumento del mercado local y se ganó clientela en otros lugares de México, ello propició el crecimiento de empresas tradicionales que acabaron convirtiéndose en grandes tiendas departamentales, verdaderas cadenas de supermercados, farmacias, zapaterías, fe-

rreterías, etc. Sin embargo, con el paso del tiempo, a finales de los años setenta, la mayoría empezó a doblarse ante la llegada de competidores foráneos y, poco a poco, las tradicionales firmas locales fueron sucumbiendo y pasando a otras manos.

Un caso excepcional es el de Farmacias Guadalajara, que acabó convirtiéndose en una empresa con presencia en casi todos los rincones del país.

Lo mismo que a la mayoría de las empresas sucedió con los bancos, que con ayuda oficial habían sido establecidos por capitalistas locales. Con el tiempo fueron asimilados por empresas financieras cuyas matrices se hallaban en la ciudad de México o en Monterrey. No obstante la nacionalización de la banca en 1982 y que diez años después pudieron privatizarse algunos de éstos, el par de intentos porque hubiera de nuevo bancos jaliscienses no prosperó.

Ahora bien, el consecuente auge de la construcción a que dio lugar el incremento de tapatíos, se manifestó en la proliferación de nuevos fraccionamientos, unos mejor logrados que otros, con viviendas de todos precios y tamaños. Muchas de las casas recién construidas fueron adquiridas por

los ahorradores de antes –los que guardaban el dinero bajo el colchón– mientras que los más emprendedores, en aquellos terrenos de su propiedad o de su familia que anteriormente eran rurales, aprovecharon el avance de la mancha urbana para fraccionarlos y vender los lotes a un excelente precio como propiedades urbanas. Así, se generalizó la práctica de especular con bienes raíces, lo que dio lugar a una suerte de latifundismo citadino.

Fue la época en que también se construyeron casas de interés social por el propio gobierno, vendidas a bajo costo a grupos necesitados y también otro tipo de inversiones como instalaciones deportivas, de auxilio comunitario o escuelas ■

Credos

En cuanto a los credos de los tapatíos, ciertamente la mayoría se adscribe a la Iglesia católica. El arzobispado de Guadalajara estuvo presidido muchos años por el cardenal José Garibi Rivera, a quien sucedió José Salazar López en los años sesenta y a su muerte fue designado Juan Jesús Posadas Ocampo, asesinado en mayo de 1993. Encabezó entonces la mitra

tapatía Juan Sandoval Iñiguez a partir de marzo de 1994, quien ya era cardenal a fines de ese mismo año. A diferencia de sus antecesores, Sandoval fue un pastor muy participativo en la vida política, económica y social de su grey, incluso en asuntos ajenos a su ministerio, lo que le valió algunas llamadas de atención. Al llegar a la edad jubilatoria –75 años– fue sustituido en 2011 por Francisco Robles Ortega, quien en su gestión ha dado muestra de ser mucho más cauto, discreto y reservado que su antecesor.

La Iglesia católica continúa como la mayoritaria en el Área Metropolitana de Guadalajara, con 92% de creyentes; los otros se distribuyen entre la protestante evangélica, testigos de Jehová, bíblica y otras adscripciones o sin religión.

Vale mencionar, por el gran número de fieles, la iglesia denominada La Luz del Mundo, de origen jalisciense, fundada por Aarón Joaquín, fallecido en 1964, cuando la institución tenía unos 70 mil adeptos. Su lugar lo tomó uno de sus hijos, Samuel Joaquín Flores, quien resultó poseer muchas dotes de liderazgo, un gran carisma y vastas cualidades de organizador y promotor, quien falleció el 9 de diciembre de 2014, dejando una iglesia con una presencia en más de cincuenta países del

mundo y se estima que con cerca de cinco millones de fieles. Su sede principal, en la colonia llamada Hermosa Provincia, en el oriente de Guadalajara, tiene un templo con capacidad para unas 12 mil personas, el cual se terminó en 1992 ■

El 22 de abril de 1992

En la historia moderna de Guadalajara existen hechos que han marcado a la ciudad. El 22 de abril de 1992, dos meses después de que la capital de Jalisco celebrara con gran algarabía 450 años de su establecimiento en el valle de Atemajac, tremendas explosiones causadas por una excesiva cantidad de gasolina, que de manera accidental o provocada, había invadido un colector principal, causaron más de 200 muertos, miles de heridos y la destrucción total de ocho kilómetros de calles que cruzaban el antiguo y populoso barrio de Analco. Este tradicional barrio de Guadalajara sufrió una de las modificaciones más dramáticas tras la destrucción provocada por las referidas explosiones. La razón de la tragedia nunca se alcanzó a determinar de manera categórica y clara, de modo

que la ciudadanía sigue en espera de una explicación precisa y convincente ■

La transición política

Comoquiera, tal catástrofe caló en el ámbito político y provocó la caída del gobernador Guillermo Cosío Vidaurri, quien pidió licencia el 1 de mayo de 1992. Fue sustituido por el diputado Carlos Rivera Aceves, nombrado en una turbulenta sesión legislativa. A él tocó la difícil tarea de atender a los miles de damnificados y evitar conflictos mucho mayores que estuvieron a punto de surgir.

Por su lado el presidente municipal Enrique Dau Flores, que había tomado posesión apenas el 1 de abril de ese mismo 1992, fue privado de su libertad, junto con el secretario de Desarrollo Urbano y Rural, Aristeo Mejía Durán, como supuestos culpables de la tragedia de Analco. Ambos se vieron obligados a renunciar, igual que la mayor parte de los regidores. El gobierno quedó en manos de un Concejo Municipal que encabezó Alberto Mora López hasta concluir el periodo (1992-1995).

El gobernador Rivera Aceves terminó muchas obras empezadas por su antecesor y emprendió otras nuevas, entre las que vale destacar el gran tramo que hizo del Periférico de Guadalajara. Asimismo, durante su gobierno la Universidad de Guadalajara pudo cambiar su estructura interna y, además de ganar autonomía, recibió un buen incremento de su subsidio gubernamental, con lo cual quedó en condiciones de intensificar la descentralización que había iniciado unos años antes.

Puede decirse que la gestión de Rivera Aceves resultó exitosa, no obstante, el rencor generado en la ciudadanía, al que se sumó el descalabro económico nacional –conocido como el “error de diciembre” de 1994– que legó Carlos Salinas de Gortari a su sucesor, causó que el 12 de febrero de 1995 los jaliscienses votaran mayoritariamente en contra del PRI y a favor del PAN, lo mismo para gobernador que para diputados y la dirigencia de los municipios de mayor población. Ello llevó a que Alberto Cárdenas, exalcalde de Ciudad Guzmán, se convirtiera en gobernador de Jalisco y César Coll Carabias en presidente municipal.

Siguieron entonces cinco trienios ganados por el mismo PAN, que llevaron al palacio municipal de Guadalajara a Francisco Ramírez Acuña –quien solicitó licencia en el año 2000 para postularse para gobernador y fue suplido por Héctor Pérez Plazola–; Fernando Garza Martínez (2000-2003); Emilio González Márquez –que también pidió licencia con el mismo fin en 2005 y llegó a gobernador–. En 2006 resultó elegido alcalde Alfonso Petersen Farah, que pidió licencia tres meses antes de concluir su periodo en 2009.

Vendría luego el regreso del PRI, con Aristóteles Sandoval como candidato, quien gobernó Guadalajara de enero de 2010 a enero de 2012, pues buscó y ganó la gubernatura de Jalisco. Su sucesor en el municipio también fue priista, Ramiro Hernández García; pero en 2015 inauguró el gobierno el candidato del novel partido Movimiento Ciudadano, con Enrique Alfaro Ramírez como triunfador en los comicios respectivos. Este mismo instituto político ha ganado las elecciones en 2018 y 2021, llevando a ser alcaldes de Guadalajara a Ismael del Toro Castro y a Pablo Lemus Navarro, respectivamente.

Todos ellos han afrontado los grandes problemas de una metrópoli como Guadalajara, tales como la falta de empleo y la creciente inseguridad, esta última incrementándose a extremos peligrosos en fechas recientes. Durante la primera década del presente siglo, si bien gracias al famoso TLCAN desde que entró en vigor, en enero de 1994, permitió un importante desarrollo de los grandes comerciantes, especialmente los importadores, sin embargo fue dañando sobremanera la producción agrícola nacional y sobre todo a la pequeña industria, de exportación o no, que se había convertido en uno de los pilares de la economía. Por algo Guadalajara había sido definida un par de lustros antes como “la gran ciudad de la pequeña industria”.

En tiempos recientes los problemas del crecimiento traspasan las fronteras y se confunden, siendo comunes a los municipios de la gran Área Metropolitana de Guadalajara, que padece agobiada por la escasez de agua, el manejo de la basura, la inseguridad creciente, el abandono de su centro histórico. Las obras viales, los servicios masivos de transporte, con tres líneas de tren eléctrico –con algunos tramos subterráneos–,

y la dotación de servicios a las zonas marginadas ya están retrasadas varios años.

Una de las grandes problemáticas que Guadalajara deberá atender como reto de su inmediato futuro, es el de la conservación de su centro histórico, que solo tiene vida diurna y un acusado abandono de ciertas zonas con múltiples viviendas deshabitadas.

Como se pronosticó, Guadalajara tiene ya menos habitantes que Zapopan: el censo de 2020 reportó 1'385,629 almas que viven en la capital de Jalisco; en tanto que la exvilla maicera llegó a 1'476,491 pobladores.

No obstante, Guadalajara le dio su nombre a esta gran área geográfica resultante de la conurbación con los municipios aledaños, nueve son ya, además de la capital, Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá, Tlajomulco, Juanacatlán, El Salto, Zapotlanejo e Ixtlahuacán de los Membrillos, que en conjunto dan cabida a 5'243,392 habitantes, según los datos censales de 2020.

Guadalajara es una urbe en toda la extensión de la palabra, urbe que, además de los severos inconvenientes que eso implica, ofrece también abundantes ventajas: cines y teatros; parques y coliseos para espectáculos deportivos, así como clubes de la misma índole; centros comerciales y restaurantes

para todos los bolsillos, rebosantes especialmente por la noche;⁴⁴ institutos de educación superior, oficiales y privados; museos y bibliotecas; numerosas salas de exposiciones de objetos de arte y, lo que llama más la atención en este sentido, magníficos murales plasmados en edificios públicos, entre los que destacan los del pintor José Clemente Orozco en el Palacio de Gobierno, la Universidad de Guadalajara y el Instituto Cabañas ■

44 De alguna manera las tapatías se las ingenian para no cocinar por la noche, de aquí la existencia de las típicas “cenadurías” por muchas calles de la ciudad.



Catedral de Guadalajara, septiembre 2013.
Fotografía: Beatriz Núñez Miranda.



Convento de San Agustín.
Fotografía: Christian Cantero.



Plaza de armas y catedral, noviembre 2021.
Fotografía: Beatriz Núñez Miranda.



San Felipe Neri.
Fotografía de Jasso.



Plaza tapatía

Fotografía: Christian Cantero.



Hospicio Cabañas, 2014.
Fotografía: Beatriz Núñez Miranda.



Mercado de San Juan de Dios.

Fondo Fernando Martínez Réding, Biblioteca de El Colegio de Jalisco.



Estadio Jalisco.
Fotografía de Jasso.

Guadalajara Historia breve

se terminó de editar en agosto de 2023
en El Colegio de Jalisco, A.C., 5 de Mayo 321,
Centro, Zapopan, Jalisco

Mercedes Guadalupe González Sánchez
Fanny Enrigue
Corrección

Déborah Moloeznik Paniagua
Diagramación

